



Lectura del Santo Evangelio según san Mateo (3,13-17):

En aquel tiempo, vino Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: «Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?».

Jesús le contestó: «Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia».

Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él.

Y vino una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco».

"Señor, a quien nadie puede ver sino los corazones puros, yo busco, por medio de la lectura y de la meditación, lo que es la verdadera pureza de corazón y cómo es posible obtenerla para ser capaz, gracias a ella, de conocerte aunque sea un poco.

He buscado tu rostro, Señor. He meditado mucho en mi corazón, y un fuego se ha encendido en mi meditación: el deseo de conocerte más. Te me das a conocer cuando partes para mí el pan de la Sagrada. Escritura.

Y cuanto más te conozco, más deseo conocerte, no solamente en la corteza de la letra, sino en el sabor de la experiencia. No pido esto, Señor, en razón de mis méritos propios, sino por tu misericordia"

(Guigues el Cartujano. Prior de la Gran cartuja, 1083-1136).



MEDITACIÓN DEL EVANGELIO DEL BAUTISMO DEL SEÑOR

(P. Tomás Morales S.J.)

A comienzos del siglo II, nuestros hermanos, los primeros cristianos del Oriente, celebraban, el 6 de enero, la festividad de la Epifanía, de la aparición de Dios en el mundo. Una triple manifestación de la divinidad de Cristo abarcaba esta fiesta: nacimiento de Jesús, adoración de los Magos, bautismo de Cristo. En la actualidad se sigue conmemorando en la liturgia esta triple manifestación el 6 de enero, pero en la santa misa se reserva ese día al misterio de la adoración de los Magos. El bautismo del Señor se celebra el domingo siguiente a Epifanía, y en los siguientes, su primer milagro.

Como en todos los misterios de la vida de Jesús, en el bautismo es también el amor lo que resplandece. Por eso, sólo con amor, a la luz del Espíritu Santo, bajo la mirada maternal de la Virgen, podemos contemplarlos. *Al que me ama, me manifestaré yo mismo*, dice Jesús (Jn 14,12). Es decir, si alguno me ama, contempla con fe mi divinidad, yo le descubriré los secretos de mi divinidad.

—«Madre: que se cumpla en nosotros esta divina promesa». Y Cristo nos revelará *el don de Dios*. ¿Quién es Él, que nos pide: "Dame de beber"? (Jn 4,10). Él nos hará penetrar en el santuario de ese *sacramento escondido desde todos los siglos* (Ef 3,9) que son sus misterios. Nos abrirá *las celdas del Rey*, de que habla el Cantar de los Cantares (1,3), en que el alma se alimenta con verdad y alegría. Aunque sólo en la visión beatífica se cumplirá con plenitud esta manifestación íntima de Cristo al alma, ya desde ahora la claridad divina que resplandece en el bautismo de Jesús nos fortalece en la marcha hacia Dios. Saboreamos ya la grandeza del amor de Cristo hasta llenarnos un día de la plenitud de Dios (cf. Ef 3,19).

Vino Jesús para ser bautizado por Juan

Cuando todo el pueblo era bautizado, vino Jesús desde Nazaret de Galilea al Jordán, donde estaba Juan, para ser bautizado por Él. Juan ha pasado sus años juveniles ejercitándose en los rigores de la más austera penitencia. Treinta años. Aquella visitación de María a lo largo de tres meses fue decisiva. El Precursor comprendió que para ser heraldo de Cristo debía troquelarse en la dura mortificación exterior. La Virgen, desde lejos, contemplaría su figura austera preparando los caminos del Hijo.

Juan caló hondo que *«el cristianismo es una escuela de autodomínio, una iniciación en el coraje y en el heroísmo, precisamente porque no teme educar al hombre en la templanza, en el propio control, en la generosidad, en la renuncia, en el sacrificio. Y porque sabe y enseña que el hombre verdadero y perfecto, el hombre puro y fuerte, el hombre capaz de actuar y amar, es el alumno de la disciplina de Cristo, la disciplina de la cruz»*, dice San Pablo VI. Y continúa: *«La Iglesia tiene necesidad de hijos intrépidos, educados en la escuela del Evangelio. Por eso, su invitación a la penitencia de la carne, a la mortificación del espíritu, es de más actualidad que nunca»*. *«No es disciplina ascética ya superada»*.

Transcurren treinta años de lento entrenamiento. Movido por inspiración divina, Juan comienza a predicar a las turbas que se agolpan a orillas del Jordán. *Haced penitencia, porque el Reino de Dios está ya cerca*. Es su *slogan*. A la apremiante exhortación, avalada por el ejemplo de su vida, seguía el bautismo en aguas del río. Así comprendían sus oyentes la necesidad de purificarse para ser menos indignos de la venida del Salvador. Pero este bautismo sólo se confería a los que se reconocían como pecadores y confesaban sus culpas.

Aconteció por aquellos días que, cuando todo el pueblo era bautizado, *vino Jesús*. Avanza con majestad y sencillez impresionantes. Ha llegado la hora de abandonar la oscuridad de la vida oculta. Va a manifestar al mundo los secretos divinos que encierra su Corazón adorable.—«Santa Madre de Dios —repito al verle pasar—, ¡que le conozca, le ame, le siga!». Ahora se confunde con la muchedumbre, se mezcla con ella. Aparece como un pecador más. Espera su turno. Dios guardando cola para ser bautizado. Jesús, hoy estás de un humilde que atonta y embelesa.

Estremecimiento de emoción en el alma que contempla. Se proclama públicamente pecador, se presenta a recibir bautismo de penitencia, y ¡es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad! Ante Ella, los ángeles velan su faz, cantando: «Santo, Santo, Santo», como escuchó Isaías al rasgarse el cielo sobre su cabeza (cf. Is 6,3). Cristo es *santo, inocente, sin mancha, segregado de los pecadores* (cf. Hb 7,26). Y ahora, de incógnito, se adentra en la multitud. Desaparece en el anónimo de los pecadores. Uno más de la serie pidiendo bautismo de remisión de los pecados. Lo dicho: estás de un humilde que anonada.

Solidario de nuestro pecado

Detengámonos un momento. Desde el comienzo de su vida pública, al inaugurar oficialmente su misión redentora, Jesús se somete a un rito que le agrega al número de los pecadores. Una lluvia torrencial de humillaciones y desprecios, dolores e injurias, caerá sobre Él. Ahora se vierten las primeras gotas.

Aquí, como en cualquier escena de su vida, el Verbo encarnado actúa como Hijo de Dios, en virtud de su eterna generación, y como cabeza de una raza pecadora, cuya naturaleza ha asumido, cuyo rescate viene a realizar.

Como Hijo de Dios, puede sentarse a la derecha del Padre. Goza de la gloria que le corresponde en los resplandores del cielo. Pero como Caudillo del género humano degradado no podrá entrar en el cielo al frente de su Cuerpo místico, sino después de haber pasado por humillaciones y dolores. *Por ventura, ¿no fue necesario que el Mesías padeciese esas cosas, y entrase así en su gloria?*, preguntará un día a los de Emaús (Lc 24, 26). Es que el hombre-Dios, Jesucristo, realiza la redención sustituyéndonos voluntariamente. Se pone en nuestro lugar. Se hace solidario de nuestro pecado. Dios Padre le ha constituido en pecado vivo —frase gráfica de Pablo—: *Hizo pecado por nosotros a Aquel que no había conocido el pecado* (2 Co 5,21). Esta humildad de Jesús nos espanta.

Nuestros pujos de soberbia desaparecen. Nuestras mezquinas vanidades, deseos de figurar, ansias de que nos aprecien, retroceden avergonzadas. Una luz y una fuerza en cada misterio de la vida de Jesús para nosotros. Y aquí la luz es intensísima. Se disipan orgullosos al contemplar a Cristo. Después de treinta años en la oscuridad, cuando va a iniciar su vida pública, lo primero que hace es volver a desaparecer, humillarse. Aprende, polvo, a humillarte —podemos parafrasear a San Bernardo— cuando ves al Rey de los cielos aparecer como pecador y sujetarse a un bautismo de perdón.

Juan intentaba disuadirlo diciéndole: Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí? Yo soy quien debo aparecer como criminal, pues lo soy, y tú, la Santidad misma de Dios, el Cordero inmaculado que quitas todos los pecados, ¿apareces ahora como malhechor?... Déjalo ahora —le dijo Jesús—. *Conviene que así cumplamos toda justicia*. Así, apareciendo yo como pecador, cargado con todos los crímenes, quedará saldada la deuda de los hombres con la Justicia divina. Así tengo que operar su redención. Jesús hace conquista humillándose. Nosotros queremos hacer apostolado apareciendo, haciendo ruido. Hay que cuidar del prestigio, de la fama, del buen nombre, para salvar almas. Y Cristo empieza jugándose, perdiéndolo, confundido como un malhechor más.

Apenas se bautizó Jesús, salió del agua. Va a descubrirse el reverso del cuadro. La respuesta del Padre a la humillación de Jesús va a ser su glorificación: la proclamación de su divinidad. No nos extraña. Siempre que el Verbo encarnado se abate por nuestro amor, allí está el Padre ensalzándolo.

En la noche de Navidad, el Señor se anonada hasta hacerse Niño, y los ángeles cantan en las alturas: *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos...* Se oculta largos años en Nazaret; pero, ante los doctores estupefactos, se encargará el Padre de manifestar en Jesús la gloria de su Hijo. El Viernes Santo morirá Jesús; pero el Padre, sin esperar a la gloria de la resurrección, hará temblar la tierra, mientras las rocas se quiebran y los sepulcros se abren. Eso mismo sucede en el bautismo de Jesús. Sombras y luces alrededor de Jesús. El Padre quiere ayudar nuestra fe en Él. Esa fe, raíz de nuestra vida en Dios. Se hace cargo de nuestra debilidad, y quiere fortalecerla para que con más facilidad creamos en la divinidad de Jesús.

Tú eres mi Hijo amado

Se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco». Se rebaja Cristo hasta confundirse con los pecadores. El cielo se abre para ensalzarle. Solicita Jesús bautismo de perdón. Al punto, el Espíritu de amor atestigua que reposa sobre Él con plenitud de dones de gracia. Reconócese digno del peso de la justicia divina. El Padre le proclama al momento objeto de todas sus delicias.

¡Qué paz tan grande nos debe inundar en nuestras humillaciones! El Señor, que nos prueba, nos exaltará también cuando el provecho de nuestra alma, su gloria, la salvación de nuestros hermanos, lo exija. A nuestra humillación voluntaria seguirá siempre la gloria. Basta tener paciencia, vivir de fe,

esperar. *¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios?*, pregunta Jesús a Marta (Jn 11,40), y también a nosotros cada vez que nos impacientamos en nuestros sufrimientos.

Tú eres mi Hijo amado. En el silencio de la oración, cuando el alma, en paz serena, disfrute de la cercanía de Dios, se rasgarán las nubes. La voz del Padre resuena en mi corazón. *Este es mi Hijo amado*, me dirá mientras contemplo a Jesús saliendo de las aguas del Jordán. *En Él tengo puestas mis complacencias.* A punto de comenzar su vida pública —el bautismo es el pórtico grandioso y emocionante—, el Padre lo acredita, lo presenta ante el mundo como legado suyo. Vendrá a redimirnos y santificarnos. A rescatar nuestras almas, a comunicarnos la vida divina. Hasta que muera en la cruz y resucite por nosotros, no hará otra cosa.

En la humillación del bautismo se perfila y adivina el bautismo sangriento de la cruz, el cumplimiento de toda justicia, como Jesús acaba de decir a Juan. Desde este momento, tributa Cristo a las perfecciones infinitas de su Padre, ultrajadas por el pecado, el homenaje supremo de sus humillaciones y abatimientos. Con ellos realiza nuestra redención comunicándonos la vida. Para eso, el Padre envió al mundo a su Hijo muy amado, para que vivamos por Él, recuerda Juan a los primeros cristianos. Y Jesús dijo que había bajado para que quien crea en Él, no perezca, sino que tenga la vida eterna.

La Virgen ahora nos va a repetir estas deliciosas palabras, con delicadeza de Madre llena de cariño: *Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.* Y la mirada de María, cuando pronuncia estas palabras está clavada en Jesús a la salida del Jordán.—*«Madre querida, mi súplica de siempre: que le conozca, que le ame, que le viva. Quiero parecerme a Él, ser para ti otro Jesús; para las almas, otro Cristo. Entonces sentiré que tú, Reinecita mía, me dices también mirándome: Tú eres mi hijo amado; en ti tengo puesto mi amor».* Alegría al sentirme hermano de Jesús, hijo de la Virgen.

Ahora puedo oír de nuevo las palabras del Padre de los cielos. Ya no se dirigen sólo a Jesús. Ahora me envuelven a mí, fundido con Él en la realidad ilusionante de un mismo Cuerpo místico. *Este es mi Hijo muy amado.* Este, Jesucristo, y este otro que con Él y en Él, después de la resurrección y del bautismo, es también mi hijo de adopción por la vida divina que florece en mi corazón. En él tengo puestas todas mis complacencias. El amor eterno del Padre de los cielos me envuelve en sus ondas. Me siento más hermano de Jesús, más hijo de la Virgen, más y más hijo adoptivo de tan buen Padre. Y de nuevo escucho, dichas para mí, las palabras enloquecedoras: *Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puestas mis complacencias.*

Me río de que no me comprenda el mundo y me persiga. Canto en el dolor. Gozo en el sufrimiento. El amor de todo un Dios me acaricia con su ternura inefable. Siento la alegría de ser hijo de la Inmaculada. Ella posa sobre mí, con inmenso cariño, su mirada pura de Madre entrañable.

El P. Baltasar Álvarez, uno de los confesores de Santa Teresa, cerca de la Navidad de 1576, escribía a Magdalena de Ulloa: *«Sólo celebra bien las fiestas del Señor —le decía— aquel en cuya alma se obra interiormente lo que de fuera se representa».* Al contemplar y conmemorar el bautismo de Jesús, tiene que realizarse en mi corazón lo que representa: vida en humildad, con perfecto olvido de sí, al ver a Cristo como pecador desapareciendo entre la multitud. Es la súplica de la Iglesia: ser reformados interiormente por Dios, que se hace hombre para nosotros.

«¡Oh Dios, cuyo Unigénito apareció revestido de nuestra carne!, te pedimos nos concedas que merezcamos ser reformados interiormente por Aquel que hemos conocido semejante en el exterior a nosotros» (Oración colecta).